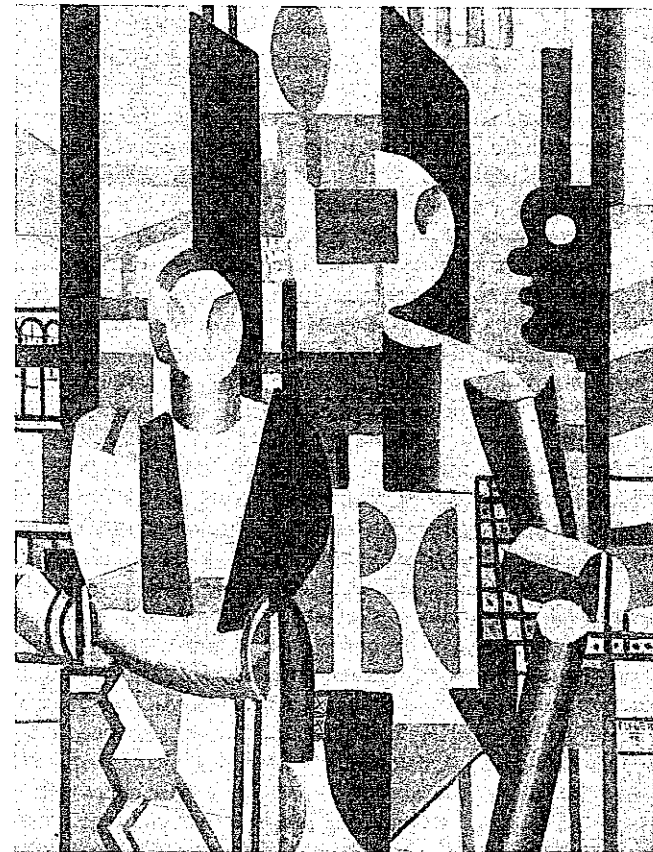


9

1933

MICROPOLÍTICA Y SEGMENTARIDAD



Las segmentaridades (el conjunto de los tipos)

Estamos segmentarizados por todas partes y en todas las direcciones. El hombre es un animal segmentario. La segmentaridad es una característica específica de todos los estratos que nos componen. Habitar, circular, trabajar, jugar: lo vivido está segmentarizado espacial y socialmente. La casa está segmentarizada según el destino de sus habitaciones; las calles, según el orden de la ciudad; la fábrica, según la naturaleza de los trabajos y de las operaciones. Estamos segmentarizados *binariamente*, según grandes oposiciones duales: las clases sociales, pero también los hombres y las mujeres, los adultos y los niños, etc. Estamos segmentarizados *circularmente*, en círculos cada vez más amplios, discos o coronas cada vez más anchos, como en la "carta" de Joyce: mis asuntos, los asuntos de mi barrio, de mi ciudad, de mi país, del mundo... Estamos segmentarizados *linealmente*, en una línea recta, líneas rectas, en la que cada segmento representa un episodio o un "proceso": apenas terminamos un proceso y ya empezamos otro, eternos pleitistas o procesados, familia, escuela, ejército, oficio, la escuela nos dice, "Ya no estás en familia", el ejército dice, "Ya no estás en la escuela"... Unas veces los segmentos diferentes remiten a individuos o a grupos diferentes, otras es el mismo individuo o grupo el que pasa de un segmento al otro. Pero esas figuras de segmentaridad, la binaria, la circular, la lineal, siempre están incluidas la una en la otra, e incluso pasan la una a la otra, se transforman según el punto de vista. Así ocurre ya entre los primitivos: Lizot muestra cómo la Casa común está organizada circularmente, de dentro a fuera, en una serie de coronas en las que se ejercen tipos de actividades localizables (cultos y ceremonias, intercambio de bienes, vida familiar, por último, desperdicios y deposiciones). Pero al mismo tiempo "cada una de estas coronas está fraccionada transversalmente, cada segmento corresponde a un linaje particular y está subdividido entre diferentes grupos de parientes" ¹. En un contexto más general, Lévi-Strauss muestra como la organización dualista de los primitivos remite a una forma circular, y pasa también a una forma lineal que engloba "un número indeterminado de grupos" (como mínimo tres) ².

¿Por qué recurrir a los primitivos cuando se trata de nuestra vida? Lo cierto es que la noción de segmentaridad ha sido construida por los etnólogos para explicar las llamadas sociedades primitivas, sin aparato de Estado central fijo, sin poder global ni instituciones políticas especializadas. Los segmentos sociales tienen, en ese caso, una cierta flexibilidad, según las tareas y las situaciones, entre los dos polos extremos de la fusión y de las escisión; una gran comunicabilidad entre heterogéneos, de suerte que la conexión entre un segmento y otro puede hacerse de múltiples maneras; una construcción local que excluye el que se pueda determinar de antemano un dominio de base (económico, político, jurídico, artístico); propiedades extrínsecas de situación o de relaciones irreductibles a las propiedades intrínsecas de estructura; una actividad continuada que hace que la segmentaridad no sea captada independientemente de una segmentación en acto, que actúa por brotes, separaciones, reuniones. La segmentaridad primitiva es la de un *código* polívoco, basado en los linajes, sus situaciones y relaciones variables, y, a la vez, la de una *territorialidad* itinerante, basada en divisiones locales enmarañadas. Los códigos y territorios, los linajes clánicos y las territorialidades tribales organizan un tejido de segmentaridad relativamente flexible ³.

No obstante, nos parece difícil sostener que las sociedades de Estado, o incluso nuestros Estados modernos, sean menos segmentarios. La oposición clásica entre lo segmentario y lo centralizado no parece muy pertinente ⁴. El Estado no sólo se ejerce en los segmentos que mantiene o deja subsistir, sino que posee en sí mismo su propia segmentaridad, y la impone. La oposición que los sociólogos establecen entre central y segmentario quizá tenga un trasfondo biológico: el gusano anélido y el sistema nervioso centralizado. Pero el propio sistema nervioso central es un gusano, aún más segmentarizado que los otros, a pesar e incluidas todas las vicariancias. Entre central y segmentario no hay oposición. El sistema político moderno es un todo global, unificado y unificante, pero precisamente porque implica un conjunto de subsistemas yuxtapuestos, imbricados, ordenados, de suerte que el análisis de las decisiones pone de manifiesto todo tipo de compartimentaciones y de procesos parciales que no se continúan entre sí sin que se produzcan desfases o desviaciones. La tecnocracia procede por división del trabajo segmentario (incluso en la división internacional del trabajo). La burocracia sólo existe gracias a la compartimentación de los despachos, y sólo funciona gracias a las "desviaciones de objetivo" y a los "disfuncionamientos" correspondientes. La jerarquía no sólo es piramidal, el despacho del jefe está tanto al final del pasillo como en lo alto del edificio. En resumen, diríase que la vida moderna no ha suprimido la segmentaridad, sino que, por el contrario, la ha especialmente endurecido.

Más que oponer lo segmentario y lo centralizado habría, pues, que distinguir dos tipos de segmentaridad, una "primitiva" y flexible, otra "moderna" y dura. Y esta distinción coincidiría con cada una de las figuras precedentes:

1) Las oposiciones binarias (hombres-mujeres, los de arriba-los de abajo, etc.) son muy fuertes en las sociedades primitivas, pero es evidente que son el resultado de máquinas y agenciamientos que no son binarios de por sí. En un grupo, la binaridad social hombres-mujeres moviliza reglas según las cuales unos y otras eligen sus cónyuges respectivos en grupos a su vez diferentes (de ahí que existan como mínimo tres grupos). En ese sentido, Lévi-Strauss muestra cómo la organización dualista nunca tiene valor por sí misma en una sociedad de ese tipo. Por el contrario, lo propio de las sociedades modernas, o más bien de Estado, es la utilización de máquinas duales que funcionan como tales, que proceden simultáneamente por relaciones biunívocas, y sucesivamente por opciones binarizadas. Las clases, los sexos, van de dos en dos, y los fenómenos de tripartición derivan de un desplazamiento de lo dual, más bien que a la inversa. Lo hemos visto claramente en el caso de la máquina de Rostro, que se distingue a este respecto de las máquinas de cabezas primitivas. Diríase que las sociedades modernas han elevado la segmentaridad dual al nivel de una organización suficiente. La cuestión no es, pues, saber si las mujeres, o los de abajo, tienen un estatuto mejor o peor, sino de qué tipo de organización deriva ese estatuto.

2) Del mismo modo hay que señalar que la segmentaridad circular no implica necesariamente, entre los primitivos, que los círculos sean concéntricos o que tengan un mismo centro. En un régimen flexible, los centros actúan ya como otros tantos *nudos*, *ojos* o *agujeros negros*; pero no resuenan todos juntos, no se precipitan sobre un mismo punto, no convergen en un mismo agujero negro central. Hay

una multiplicidad de ojos animistas que hace que cada uno de ellos, por ejemplo, esté afectado de un espíritu animal particular (el espíritu-serpiente, el espíritu-pájaro carpintero, el espíritu-caimán...). Cada agujero está ocupado por un ojo animal diferente. Sin duda, vemos aparecer aquí y allá operaciones de endurecimiento y de centralización: todos los centros deben pasar por un solo círculo que a su vez sólo tiene un centro. El chamán establece lazos de unión entre todos los puntos o espíritus, dibuja una constelación, un conjunto irradiante de raíces que remite a un árbol central. ¿Nacimiento de un poder centralizado en el que un sistema arborescente disciplina los brotes del rizoma primitivo? ⁵. Y el árbol juega aquí el doble papel de principio de dicotomía o de binaridad y de eje de rotación... Pero el poder del chamán todavía está muy localizado, depende estrechamente de un segmento particular, está condicionado por las drogas, y cada punto continúa emitiendo sus secuencias independientes. No se podrá decir lo mismo de las sociedades modernas o incluso de los Estados. Por supuesto, lo centralizado no se opone a lo segmentario, y los círculos siguen siendo distintos. Pero devienen concéntricos, definitivamente arbrificados. La segmentaridad deviene dura, en la medida en que todos los centros resuenan, todos los agujeros negros caen en un punto de acumulación, como un punto de entrecruzamiento situado en algún sitio detrás de todos los ojos. El rostro del padre, el rostro del maestro, el rostro del coronel, el rostro del patrón, entran en redundancia, remiten a un centro de significancia que recorre los diversos círculos y vuelve a pasar por todos los segmentos. Las microcabezas flexibles, las rostrificaciones animales son sustituidas por un macrorostro cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna. Ya no estamos ante n ojos en el cielo, o en devenires animales y vegetales, sino ante un ojo central ordenador que barre todos los rayos. El Estado central no se ha constituido por la abolición de una segmentaridad circular, sino por concentricidad de los distintos círculos o por la puesta en resonancia de los centros. *En las sociedades primitivas ya hay tantos centros de poder; o, si se prefiere, en las sociedades de Estado sigue habiendo otros tantos*. Pero éstas actúan como aparatos de resonancia, organizan la resonancia, mientras que aquellas la inhiben ⁶.

3) Por último, desde el punto de vista de la segmentaridad lineal, diríase que cada segmento está subrayado, rectificado, homogeneizado de por sí, pero también con relación a los otros. No sólo cada uno tiene su unidad de medida, sino que hay equivalencia y traducibilidad de las unidades entre sí. Pues, el ojo central tiene como correlato un espacio en el que se desplaza, y permanece invariable con relación a sus desplazamientos. A partir de la ciudad griega y de la reforma de Clístenes, aparece un espacio político homogéneo e isótopo que va a sobrecodificar los segmentos de linajes, al tiempo que los distintos núcleos se ponen a resonar en un centro que actúa como denominador común ⁷. Y posteriormente a la ciudad griega, Paul Virilio muestra cómo el Imperio Romano impone una *razón de Estado lineal* o geométrica, que implica un plano general de los campos y de las plazas fuertes, un arte universal de "limitar trazando", una reordenación de los territorios, una sustitución del espacio por los lugares y las territorialidades, una transformación del mundo en ciudad, en una palabra, una segmentaridad cada vez más dura ⁸. Pues los segmentos, subrayados o sobrecodificados, parecen haber per-

dido su capacidad de brotar, su relación dinámica con segmentaciones en acto, haciéndose y deshaciéndose. Si hay una "geometría" primitiva (protogeometría), esa es una geometría operatoria en la que las figuras son inseparables de sus afectos, las líneas de su devenir, los segmentos de su segmentación: hay "redondeles", pero no círculo, "alineamientos", pero no recta, etc. Por el contrario, la geometría de Estado, o más bien la relación del Estado con la geometría, se manifestará por la primacía del elemento-teorema, que sustituye las formaciones morfológicas flexibles por esencias ideales o fijas, los afectos por las propiedades, las segmentaciones en acto por los segmentos predeterminados. La geometría y la aritmética adquieren la potencia de un escalpelo. La propiedad privada implica un espacio sobrecodificado y cuadrículado por el catastro. No sólo cada línea tiene sus segmentos, sino que los segmentos de una corresponden a los de otra: por ejemplo, el régimen del asalariado hará corresponder segmentos monetarios, segmentos de producción y segmentos de bienes de consumo.

Podemos resumir las principales diferencias entre la segmentaridad dura y la segmentaridad flexible. Bajo el modo duro, la segmentaridad binaria vale por sí misma y depende de grandes máquinas de binarización directa, mientras que, bajo el otro modo, las binaridades resultan de "multiplicidades de n dimensiones". En segundo lugar, la segmentaridad circular tiende a devenir concéntrica, es decir, hace coincidir todos sus núcleos en un solo centro que no cesa de desplazarse, pero que permanece invariante en su desplazamiento, que remite a una máquina de resonancia. Por último, la segmentaridad lineal pasa por una máquina de sobrecodificación que constituye el espacio homogéneo *more geométrico*, y traza segmentos determinados en su sustancia, su forma y sus relaciones. Se señalará que el árbol siempre expresa esta segmentaridad endurecida. El Árbol es nudo de arborescencia o principio de dicotomía; eje de rotación que asegura la concentricidad; estructura o red que cuadrícula lo posible. Pero, si oponemos una segmentaridad arborificada a la segmentación rizomática, no sólo es para indicar dos estados de un mismo proceso, sino también para separar dos procesos diferentes. Pues las sociedades primitivas funcionan esencialmente por códigos y territorialidades. E incluso es la distinción de esos dos elementos, sistema tribal de territorios, sistema clánico de linajes, la que impide la resonancia ⁹. Por el contrario, las sociedades modernas, o de Estado, han sustituido los códigos inoperantes por una sobrecodificación unívoca, y las territorialidades perdidas por una territorialización específica (que se hace precisamente en un espacio geométrico sobrecodificado). La segmentaridad siempre aparece como el resultado de una máquina abstracta; pero la máquina abstracta que actúa en la dura es distinta de la que actúa en la flexible.

No basta, pues, con oponer lo centralizado y lo segmentario. Pero tampoco basta con oponer dos segmentaridades, una flexible y primitiva, otra moderna y endurecida. Pues las dos se distinguen perfectamente, pero son inseparables, están enmarañadas la una con la otra, la una en la otra. Las sociedades primitivas tienen núcleos de dureza, de arborificación, que anticipan el Estado en la misma medida en que lo conjuran. Y a la inversa, nuestras sociedades continúan inmersas en un tejido flexible sin el cual los segmentos duros no se desarrollarían. No se puede re-

servar la segmentaridad flexible para los primitivos. La segmentaridad flexible ni siquiera es la pervivencia del salvaje en nosotros, es una función perfectamente actual e inseparable de la otra. Toda sociedad, pero también todo individuo, están, pues, atravesados por las dos segmentaridades a la vez: una molar y otra *molecular*. Si se distinguen es porque no tienen los mismos términos, ni las mismas relaciones, ni la misma naturaleza, ni el mismo tipo de multiplicidad. Y si son inseparables es porque coexisten, pasan la una a la otra, según figuras diferentes como entre los primitivos o entre nosotros —pero siempre en presuposición la una con la otra—. En resumen, todo es política pero toda política es a la vez *macropolítica* y *micropolítica*. Supongamos unos conjuntos del tipo percepción o sentimiento: su organización molar, su segmentaridad dura, no impide todo un mundo de micropreceptos inconscientes, de afectos inconscientes, segmentaciones finas que no captan o no experimentan las mismas cosas, que tribuyen de otra forma, que actúan de otra forma. Una micropolítica de la percepción, del afecto, de la conversación, etc. Si consideramos los grandes conjuntos binarios, como los sexos, o las clases, vemos claramente que también entran en agenciamientos moleculares de otra naturaleza, y que hay una doble dependencia recíproca. Pues los dos sexos remiten a múltiples combinaciones moleculares, que ponen en juego no sólo el hombre en la mujer y la mujer en el hombre, sino la relación de cada uno en el otro con el animal, la planta, etc.: mil pequeños sexos. Y las clases sociales remiten a “masas” que no tienen el mismo movimiento, la misma distribución, ni los mismos objetivos ni las mismas maneras de luchar. Las tentativas de distinguir masa y clase tienden efectivamente hacia el siguiente límite: *que la noción de masa es una noción molecular*, que procede por un tipo de segmentación irreductible a la segmentaridad molar de clase. Sin embargo, las clases están talladas en las masas, las cristalizan. Y las masas no cesan de fluir, de escaparse de las clases. Pero su presuposición recíproca no impide la diferencia de punto de vista, de naturaleza, de escala y de función (la noción de masa, así entendida, tiene una acepción totalmente distinta que la propuesta por Canetti).

No basta con definir la burocracia por una segmentaridad dura, con compartimentación de los despachos contiguos, jefe de despacho en cada segmento, y centralización correspondiente al final del pasillo o en lo alto del edificio. Pues al mismo tiempo hay toda una segmentación burocrática, una flexibilidad y una comunicación entre despachos, una perversión burocrática, una inventiva o creatividad permanentes que se ejercen incluso contra los reglamentos administrativos. Si Kafka es el teórico más importante de la burocracia es porque muestra cómo, a un cierto nivel (pero, ¿cuál?, no es localizable), las barreras entre despachos dejan de ser “límites precisos”, están inmersas en un medio molecular que las disuelve, al mismo tiempo que hace proliferar el jefe en microfiguras imposibles de reconocer, de identificar, y que no son más discernibles que centralizables: otro régimen, que coexiste con la separación y la totalización de los segmentos duros¹⁰. Por la misma razón se dirá que el fascismo implica un régimen molecular que no se confunde ni con segmentos molares ni con su centralización. Sin duda, el fascismo ha inventado el concepto de Estado totalitario, pero no hay razón para definir el fascismo por una noción que él mismo ha inventado: hay Estados totalitarios sin fascismo,

del tipo estalinista o del tipo dictadura militar. El concepto de Estado totalitario sólo tiene valor a escala macropolítica para una segmentaridad dura y para un modo especial de totalización y de centralización. Pero el fascismo es inseparable de núcleos moleculares, que pululan y saltan de un punto a otro, en interacción, antes de resonar todos juntos en el Estado nacionalsocialista. Fascismo rural y fascismo de ciudad o de barrio, joven fascismo y fascismo de ex-combatiente, fascismo de izquierda y de derecha, de pareja, de familia, de escuela o de despacho: cada fascismo se define por un microagujero negro, que vale por sí mismo y comunica con los otros antes de resonar en un gran agujero negro central generalizado¹¹. Hay fascismo cuando una *máquina de guerra* se instala en cada agujero, en cada nicho. Incluso cuando el Estado nacionalsocialista se instale, tendrá necesidad de la persistencia de esos microfascismos que le proporcionan un medio de acción incomparable sobre las “masas”. Daniel Guérin tiene razón cuando dice que si Hitler conquistó el poder, más bien el Estado mayor alemán, fue porque disponía previamente de microorganizaciones que le proporcionaban “un medio incomparable, irremplazable, para penetrar en todas las células de la sociedad”, segmentaridad flexible y molecular, flujos capaces de impregnar cada tipo de células. Y a la inversa, si el capitalismo ha acabado por considerar la experiencia fascista como catastrófica, si ha preferido aliarse con el totalitarismo estalinista, mucho más sabio y tratable a su gusto, es porque éste tenía una segmentaridad y una centralización más clásicas y menos fuentes. Si el fascismo es peligroso se debe a su potencia micropolítica o molecular, puesto que es un movimiento de masa: un cuerpo canceroso, más bien que un organismo totalitario. El cine americano ha mostrado a menudo esos núcleos moleculares, fascismo de banda, de *gang*, de secta, de familia, de pueblo, de barrio, de automóvil, y del que no se libra nadie. Nada mejor que el microfascismo para dar una respuesta a la pregunta global: ¿por qué el deseo desea su propia represión, cómo puede desear su represión? Por supuesto, las masas no sufren pasivamente el poder; tampoco “quieren” ser reprimidas en una especie de histeria masoquista; ni tampoco son engañadas, por un señuelo ideológico. Pero, el deseo siempre es inseparable de agenciamientos complejos que pasan necesariamente por niveles moleculares, microformaciones que ya moldean las posturas, las actitudes, las percepciones, las anticipaciones, las semióticas, etc. El deseo nunca es una energía pulsional indiferenciada, sino que es el resultado de un montaje elaborado, de un *engineering* de altas interacciones: toda una segmentaridad flexible relacionada con energías moleculares y que eventualmente determina al deseo a ser ya fascista. Las organizaciones de izquierda no son las últimas en segregar sus microfascismos. Es muy fácil ser antifascista al nivel molar, sin ver el fascista que uno mismo es, que uno mismo cultiva y alimenta, mima, con moléculas personales y colectivas.

Habría que evitar cuatro errores relacionados con esta segmentaridad flexible y molecular. El primero es axiológico y consistiría en creer que basta con un poco de flexibilidad para ser “mejor”. Pero el fascismo es todavía más peligroso a causa de sus microfascismos, y las segmentaciones finas tan nocivas como los segmentos más endurecidos. El segundo es psicológico, como si lo molecular perteneciera al dominio de la imaginación y sólo remitiera a lo individual o a lo interindividual.

Pero hay tanto de Real-social en una línea como en la otra. El tercero consistiría en pensar que las dos formas se distinguen simplemente por las dimensiones, como una forma pequeña y una forma grande; y si bien es cierto que lo molecular actúa en el detalle y pasa por pequeños grupos, no por ello deja de ser coextensivo a todo el campo social, tanto como la organización molar. Por último, la diferencia cualitativa entre las dos líneas no impide que se impulsen o coincidan, de suerte que siempre hay entre ellas una relación proporcional, ya sea directa o inversamente proporcional.

En efecto, en un primer caso, cuanto más fuerte es la organización molar, más suscita una molecularización de sus elementos, de sus relaciones y aparatos elementales. Cuando la máquina deviene planetaria o cósmica, los agenciamientos tienden cada vez más a miniaturizarse, a devenir microagenciamientos. Según la fórmula de Gorz, el capitalismo mundial ya sólo tiene como elemento de trabajo un individuo molecular, o molecularizado, es decir, de "masa". La administración de una gran seguridad molar organizada tiene como correlato toda una microgestión de pequeños miedos, toda una inseguridad molecular permanente, hasta el punto de que la fórmula de los ministerios del interior podría ser: una macropolítica de la sociedad para y por una micropolítica de la inseguridad ¹². No obstante, el segundo caso todavía es más importante, en la medida en que los movimientos moleculares ya no logran perfeccionar, sino combatir y socavar la gran organización mundial. Es lo que decía el presidente Giscard d'Estaing en su lección de geografía política y militar: cuanto más se equilibran las cosas entre el Este y el Oeste, en una máquina dual, sobrecodificante y supermilitarizada, más se "desestabilizan" en la otra línea, del Norte al Sur. Siempre hay un palestino, pero también un vasco, un corso, para provocar "una desestabilización regional de la seguridad" ¹³. Como consecuencia, los dos grandes conjuntos molares, al Este y al Oeste, están constantemente trabajados por una segmentación molecular, con figura en zig-zag, que hace que tengan dificultad para retener sus propios segmentos. Como si constantemente una línea de fuga, incluso si comienza por un minúsculo arroyo, fluyese entre los segmentos y escapase a su centralización, eludiese su totalización. Así se presentan los profundos movimientos que sacuden una sociedad, aunque sean necesariamente "representados" como un enfrentamiento entre segmentos molares. Se dice equivocadamente (sobre todo en el marxismo) que una sociedad se define por sus contradicciones. Pero eso sólo es cierto a gran escala. Desde el punto de vista de la micropolítica, una sociedad se define por sus líneas de fuga, que son moleculares. Siempre fluye o huye algo, que escapa a las organizaciones binarias, al aparato de resonancia, a la máquina de sobrecodificación: todo lo que se incluye dentro de lo que se denomina "evolución de las costumbres", los jóvenes, las mujeres, los locos, etc. Mayo del 68, en Francia, era molecular, y sus condiciones tanto más imperceptibles desde el punto de vista de la macropolítica. En esas circunstancias, se da el caso de que personas muy moderadas o muy viejas capten mejor el acontecimiento que los hombres políticos más avanzados, o que se creían tales desde el punto de vista de la organización. Como decía Gabriel Tarde, habría que saber qué campesinos, y en qué regiones del Mediodía, han empezado a negar el saludo a los propietarios de su entorno. A este

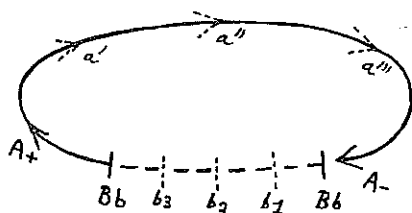
respecto, un viejo propietario desfasado puede evaluar mejor las cosas que uno progresista. En Mayo del 68 ocurrió lo mismo: todos los que lo juzgaban en términos de macropolítica no comprendieron nada del acontecimiento, puesto que algo inasignable huía. Los hombres políticos, los partidos, los sindicatos y muchos hombres de izquierda, cogieron una gran rabieta; repetían sin cesar que no se daban las "condiciones". Daba la impresión de que se les había privado provisionalmente de toda la máquina dual que los convertía en los únicos interlocutores válidos. Extrañamente, de Gaulle e incluso Pompidou comprendieron mucho mejor que los otros. Un flujo molecular se escapaba, primero minúsculo, luego cada vez más inasignable... No obstante, lo contrario también es cierto: las fugas y los movimientos moleculares no serían nada si no volvieran a pasar por las grandes organizaciones molares, y no modificasen sus segmentos, sus distribuciones binarias de sexos, de clases, de partidos.

Así pues, la cuestión es que lo molar y lo molecular no sólo se distinguen por la talla, la escala o la dimensión, sino por la naturaleza del sistema de referencia considerado. Por eso quizá habría que reservar las palabras "línea" y "segmentos" para la organización molar, y buscar otras palabras que conviniere más a la composición molecular. En efecto, cada vez que se puede asignar una *línea de segmentos* bien determinados vemos que se prolonga, bajo otra forma, en un *flujo de cuantos*. Y cada vez, se puede situar un "centro de poder" como frontera entre los dos y definirlo no por su ejercicio absoluto en un dominio, sino por las adaptaciones y conversiones relativas que efectúa entre la línea y el flujo. Consideremos una línea monetaria con segmentos. Estos segmentos pueden ser determinados desde diferentes puntos de vista: por ejemplo, desde el punto de vista del presupuesto empresarial: salarios reales, ganancias netas, salarios de dirección, interés de los capitales, reservas, inversiones..., etc. Pues bien, esta línea de moneda-pago remite a un aspecto totalmente distinto, es decir, a un flujo de moneda-financiación que ya no implica segmentos, sino polos, singularidades y cuantos (los polos del flujo son la creación y la destrucción de moneda, las singularidades son las disponibilidades nominales, los cuantos son inflación, deflación, *stagflation*, etc.). A este respecto, se ha podido hablar de un "flujo mutante, convulsivo, creador y circulatorio", ligado al deseo, siempre subyacente a la línea sólida, y a los segmentos que determinan en ella el interés, la oferta y la demanda ¹⁴. En una balanza de pagos, aparece una segmentaridad binaria que distingue, por ejemplo, operaciones denominadas autónomas y operaciones denominadas compensatorias; pero precisamente los movimientos de capitales no se dejan segmentarizar de ese modo, puesto que son "*los más descompuestos*, en función de su naturaleza, de su duración, de la personalidad del acreedor o del deudor", de manera "que ya no sabemos dónde situar la línea" con relación a ese flujo ¹⁵. No por ello deja de haber una constante correlación entre los dos aspectos, puesto que con la linealización y la segmentación un flujo se agota, pero de ellas surge también una nueva creación. Cuando se habla de un poder bancario, concentrado fundamentalmente en los bancos centrales, se está hablando precisamente de ese poder relativo que consiste en regular "en la medida de" lo posible la comunicación, la conversión, la coadaptación de las dos partes del circuito. Por eso los centros de poder se definen más

por lo que se les escapa o por su impotencia que por su zona de poder. En resumen, lo molecular, la microeconomía, la micropolítica no se define de por sí por la pequeñez de sus elementos, sino por la naturaleza de su "masa": el flujo de cuantos, para diferenciarlo de la línea de segmentos molar ¹⁶. La tarea de hacer que los segmentos se correspondan con los cuantos, de ajustar los segmentos de acuerdo con los cuantos, implica cambios de ritmo y de modo, que, más que implicar una omnipotencia, se hacen a duras penas; siempre huye algo.

Podrían ponerse otros ejemplos. Así, cuando se habla del poder de la Iglesia, ese poder siempre ha estado relacionado con una cierta administración del pecado que implica una fuerte segmentaridad, tipos de pecado (los siete pecados capitales), unidades de medida (¿cuántas veces?), reglas de equivalencia y de remisión (confesión, penitencia...). Pero bien distinto es, aunque complementario, lo que podríamos denominar flujo molecular de pecabilidad: éste encierra la zona lineal, está como negociado a través de ella, pero de por sí sólo consta de polos (pecado original-redención o gracia) y cuantos ("pecado de no llegar a tener conciencia del pecado", pecado de la conciencia del pecado, pecado consecutivo a la conciencia del pecado) ¹⁷. Lo mismo podría decirse de un flujo de criminalidad, para diferenciarlo de la línea molar de un código jurídico y sus distintos aparatos. O bien, cuando se habla de un poder militar, de un poder del ejército, se hace referencia a una línea segmentarizable según tipos de guerra que corresponden precisamente a los Estados que la hacen y a los fines políticos que esos Estados se proponen (de la guerra "limitada" a la guerra "total"). Pero, según la intuición de Clausewitz, otra cosa muy distinta es la máquina de guerra, es decir, un flujo de guerra *absoluta*, que circula entre un polo ofensivo y un polo defensivo, y que sólo se expresa en cuantos (fuerzas materiales y físicas que son algo así como las disponibilidades nominales de la guerra). Del flujo puro, diríase que es abstracto y, sin embargo, real; ideal y, sin embargo, eficaz; absoluto y, sin embargo, "diferenciado". Bien es cierto que el flujo y sus cuantos sólo se puede captar a través de los índices de la línea de segmentos; y a la inversa, la línea y los cuantos sólo existen a través del flujo que los baña. Así pues, vemos que la línea de segmentos (macropolítica) está inmersa y se prolonga en un flujo de cuantos (micropolítica) que no cesa de modificar, de agitar los segmentos:

A: flujo y polos
a: cuantos
b: línea y segmentos
B: centro de poder
(El conjunto es un ciclo
o un período)



Homenaje a Gabriel Tarde (1.843-1.904): su obra, durante mucho tiempo olvidada, ha vuelto a recobrar actualidad bajo la influencia de la sociología americana, fundamentalmente de la microsociología. Había sido aplastado por Durkheim y su escuela (en una polémica tan dura y del mismo tipo que la que sostuvieron Cuvier y Geoffroy Saint-Hilaire). Pues Durkheim consideraba como un objeto privilegiado las grandes representaciones colectivas, generalmente binarias, resonantes, sobrecondicionadas... Tarde objeta que las representaciones colectivas suponen lo que hay que explicar, a saber, "la similitud de millones de hombres". De ahí que Tarde se interesase más por el mundo del detalle, o de lo infinitesimal: las pequeñas *imitaciones, oposiciones e invenciones*, que constituyen toda una materia subrepresentativa. Y sus mejores páginas son aquellas en las que analiza una minúscula innovación burocrática, o lingüística, etc. Los durkheimianos respondieron que eso era psicología o interpsicología, no sociología. Pero eso sólo es cierto en apariencia, en una primera aproximación: una microimitación parece ir de un individuo a otro. Ahora bien, al mismo tiempo, y a un nivel más profundo, está relacionada con un flujo o una onda, y no con el individuo. *La imitación es la propagación de un flujo; la oposición es la binarización, el establecimiento de una binaridad de los flujos; la invención es una conjugación o una conexión de diversos flujos*. Y ¿qué es un flujo según Tarde? Es creencia o deseo (los dos aspectos de todo agenciamiento), un flujo siempre es de creencia y de deseo. Las creencias y los deseos son la base de toda sociedad, porque son flujos, y como tales "cuantificables", verdaderas Cantidades sociales, mientras que las sensaciones son cualitativas, y las representaciones, simples resultantes ¹⁸. La imitación, la oposición, la invención infinitesimales son, pues, como cuantos de flujo que indican una propagación, una binarización o una conjugación de creencias y de deseos. De ahí la importancia de la estadística, a condición de que se ocupe de los máximos, y no sólo de la zona "estacionaria" de las representaciones. Pues, finalmente, la diferencia no se establece entre lo social y lo individual (o lo interindividual), sino entre el dominio molar de las representaciones, ya sean colectivas o individuales, y el dominio molecular de las creencias y de los deseos, en el que la distinción entre lo social y lo individual carece de sentido, puesto que los flujos ya no son ni atribuibles a individuos ni sobrecondicionables por significantes colectivos. Mientras que las representaciones definen ya grandes conjuntos, o segmentos determinados en una línea, las creencias y los deseos son flujos expresados en cuantos, que se crean, se agotan o mutan, y que se suman, se substraen o se combinan. Tarde es el inventor de una microsociología, a la que proporciona toda su extensión y alcance, denunciando de antemano los contrasentidos de los que será víctima.

Así es como se podría distinguir la línea de segmentos y el flujo de cuantos. Un flujo mutante siempre implica algo que tiende a escapar a los códigos, a escaparse de los códigos; y los cuantos son precisamente signos o grados de desterritorialización en el flujo descodificado. La línea dura, por el contrario, implica una sobrecondicionación que sustituye a los códigos inoperantes, y los segmentos son como reterritorializaciones en la línea sobrecondicionante y sobrecondicionada. Volvamos al caso del pecado original: es el acto correspondiente a un flujo que indica una descodificación con relación a la creación (con un solo islote reservado para la

Virgen), y una desterritorialización con relación a la tierra adánica; pero efectúa al mismo tiempo una sobrecodificación por organizaciones binarias y de resonancia (Poderes, Iglesia, imperios, ricos-pobres, hombres-mujeres..., etc.), y reterritorializaciones complementarias (en la tierra de Caín, en el trabajo, en la reproducción, en el dinero...). Pues bien, a la vez: los dos sistemas de referencia están en razón inversa, en el sentido de que uno escapa al otro, y de que éste detiene al primero, le impide seguir escapando; pero son estrictamente complementarios y coexistentes, puesto que el uno sólo existe en función del otro; y, sin embargo, son diferentes, en razón directa, pero sin corresponderse término a término, puesto que el segundo sólo detiene efectivamente al primero en un "plano" que ya no es el plano del primero, y que éste continúa su progresión en su propio plano.

Un campo social está constantemente animado por todo tipo de movimientos de descodificación y de desterritorialización que afectan a "masas", según velocidades y ritmos distintos. No son contradicciones, son fugas. A ese nivel todo es un problema de *masa*. Por ejemplo, en torno a los siglos X-XIV, vemos precipitarse los factores de descodificación y las velocidades de desterritorialización: masas de los últimos invasores que surgen del Norte, del Este y del Sur; masas militares que se transforman en bandas de pillaje; masas eclesiásticas a la caza de infieles y de herejes, y que se proponen objetivos cada vez más desterritorializados; masas campesinas que abandonan los dominios señoriales; masas señoriales que necesitan encontrar medios de explotación mucho menos territoriales que el vasallaje; masas urbanas que se separan del campo y encuentran en las ciudades equipamientos cada vez menos territorializados; masas femeninas que se liberan del antiguo código pasional y conyugal; masas monetarias que ya no se atesoran y que se inyectan en grandes circuitos comerciales¹⁹. Y las Cruzadas serían las que efectuarían la conexión de estos flujos, de tal forma que cada uno impulsa y precipita a los demás (incluso el flujo de feminidad en la "Princesa lejana" o incluso el flujo de niños en las Cruzadas del siglo XIII). Pero, al mismo tiempo, e inseparablemente, se producen las sobrecodificaciones y las reterritorializaciones. Las Cruzadas se dejan sobrecodificar por el Papa y asignar objetivos territoriales. La Tierra Santa, la paz de Dios, un nuevo tipo de abadías, nuevos tipos de moneda, nuevos modos de explotación del campesino por arrendamiento y salariado (o bien retornos a la esclavitud), reterritorializaciones de ciudad, etc., forman un sistema complejo. Desde este punto de vista, como consecuencia, debemos introducir una diferencia entre dos nociones, la *conexión* y la *conjugación* de los flujos. Pues si la "conexión" indica la forma en que unos flujos descodificados y desterritorializados se relanzan recíprocamente, precipitan su fuga común, y suman o activan sus cuantos, la "conjugación" de esos mismos flujos indica más bien su interrupción relativa, como un punto de acumulación que bloquea u obstruye ahora las líneas de fuga efectúa una reterritorialización general, y hace pasar los flujos bajo el predominio de uno de ellos capaz de sobrecodificarlos. Pero, precisamente, siempre es el flujo más desterritorializado, según el primer aspecto, el que efectúa la acumulación o la conjunción de los procesos, determina la sobrecodificación y sirve de base a la reterritorialización, según el segundo aspecto (hemos encontrado un teorema según el cual la reterritorialización siempre se hace en el más desterrito-

rializado). Así, la burguesía comercial de las ciudades conjuga o capitaliza un saber, una tecnología, agenciamientos y circuitos bajo cuya dependencia *pasarán* la nobleza, la Iglesia, e incluso los artesanos y los campesinos. Porque es máximo de desterritorialización, verdadero acelerador de partículas, efectúa también la reterritorialización de conjunto.

La tarea del historiador consiste en determinar el "período" de coexistencia o de simultaneidad de los dos movimientos (descodificación-desterritorialización por un lado, sobrecodificación-reterritorialización por otro). Y en ese período es donde hay que distinguir el aspecto molecular y el aspecto molar: por un lado las *masas o flujos*, con sus mutaciones, sus cuantos de desterritorialización, sus conexiones, sus precipitaciones; por otro las *clases o segmentos*, con su organización binaria, su resonancia, conjunción o acumulación, su línea de codificación en beneficio de una de ellas²⁰. La diferencia entre una macrohistoria y una microhistoria no tiene nada que ver con la longitud de las duraciones consideradas, lo grande y lo pequeño, sino con sistemas de referencia distintos, según que se considere una línea sobrecodificada de segmentos, o bien un flujo mutante de cuantos. Y el sistema duro no detiene el otro: el flujo continúa bajo la línea, eternamente mutante, mientras que la línea totaliza. *Masa y clase* no tienen los mismos perfiles ni la misma dinámica, aunque el mismo grupo esté afectado por los dos signos. La burguesía como masa y como clase... Una masa no tiene con las otras masas las mismas relaciones que la clase "correspondiente" con las otras clases. Por supuesto, hay tantas relaciones de fuerza y de violencia de un lado como de otro. Pero, la misma lucha presenta dos aspectos bien distintos, las victorias o las derrotas no son las mismas. Los movimientos de masa se precipitan y alternan (o se difuminan durante algún tiempo, con largos períodos de inercia), pero saltan de una clase a otra, pasan por mutaciones, liberan o emiten nuevos cuantos que van a modificar las relaciones de clase, y volver a poner en tela de juicio su sobrecodificación y su reterritorialización, a hacer pasar nuevas líneas de fuga por otro sitio. Bajo la reproducción de las clases siempre hay un mapa variable de las masas. La política actúa por macrodecisiones y opciones binarias, intereses binarizados; pero el margen de decisión es muy pequeño. La decisión política está inmersa necesariamente en un mundo de microdeterminaciones, de atracciones y de deseos, que ella debe presentir o evaluar de otra manera: una evaluación de los flujos y de sus cuantos, bajo las concepciones lineales y las decisiones segmentarias. Una curiosa página de Michelet reprocha a Francisco I no haber sabido evaluar el flujo de emigración que empujaba hacia Francia a muchas personas que luchaban contra la Iglesia: Francisco I sólo vio en ello un aporte posible de soldados, en lugar de presentir un flujo molecular de masa que Francia hubiera podido modificar en su provecho, poniéndose a la cabeza de una Reforma distinta de la que se produjo²¹. Así se presentan siempre los problemas. Buena o mala, la política y sus juicios siempre son molares, pero es lo molecular, con sus apreciaciones, quien la "hace".

Ahora estamos en mejores condiciones para dibujar un mapa. Si volvemos a dar a la palabra "línea" un sentido muy general, vemos, en efecto, que no sólo hay dos líneas, sino tres: 1) Una línea relativamente flexible de códigos y de territo-

rialidades entretejidos; por eso partíamos de una segmentaridad llamada *primitiva*, en la que las segmentaciones de territorios y de linajes componían el espacio social, 2) Una línea dura, que procede a la organización dual de los segmentos, a la concentricidad de los círculos en resonancia, a la sobrecondición generalizada: el espacio social implica aquí un *aparato de Estado*. Es un sistema distinto del sistema primitivo, precisamente porque la sobrecondición no es un código reforzado, sino un procedimiento específico distinto del de los códigos (de igual modo, la reterritorialización no es un territorio más, sino que se hace en otro espacio que en el de los territorios, precisamente en el espacio geométrico sobrecondicionado); 3) Una o varias líneas de fuga expresadas en cuantos, definidas por descondición y desterritorialización (siempre hay algo como una *máquina de guerra* que funciona en estas líneas).

Pero esta presentación tiene todavía el inconveniente de hacer como si las sociedades primitivas fueran anteriores. En verdad, los códigos son inseparables del movimiento de descondición y los territorios de los vectores de desterritorialización que los atraviesan. Y la sobrecondición y la reterritorialización tampoco son posteriores. Más bien habría que hablar de un espacio en el que coexisten los tres tipos de líneas totalmente enmarañadas, tribus, imperios y máquinas de guerra. También podría decirse que las líneas de fuga son anteriores, o los segmentos ya endurecidos, y que las segmentaciones flexibles no cesan de oscilar entre los dos. Veamos una proposición como la del historiador Pirenne, a propósito de las tribus bárbaras: "Los bárbaros no invadieron espontáneamente el Imperio; se vieron empujados por la avalancha *húnica* que iba a determinar toda la serie de invasiones..."²² Tenemos, pues, por un lado la segmentaridad dura del Imperio Romano, con su centro de resonancia y su periferia, su Estado, su *pax romana*, su geometría, sus campos, su *limes*. Y luego, en el horizonte, una línea completamente distinta, la de los nómadas que salen de la estepa, que emprenden una fuga activa y fluente, llevan por todas partes la desterritorialización, lanzan flujos cuyos cuantos se activan, arrastrados por una máquina de guerra sin Estado. Los bárbaros migrantes están entre los dos: van y vienen, pasan una y otra vez las fronteras, pillan o requisan, pero también se integran y se reterritorializan. Unas veces penetran en el Imperio, atribuyéndose tal segmento, se hacen mercenarios o federados, se fijan, ocupan tierras o fundan ellos mismos Estados (los sabios visigodos). Otras, por el contrario, se ponen de parte de los nómadas y se asocian a ellos, haciéndose indiscernibles (los brillantes ostrogodos). Tal vez porque siempre han sido derrotados por hunos y visigodos, los vándalos, "godos de segunda zona", trazan una línea de fuga que los hace tan fuertes como sus amos; es la única banda o masa que logra franquear el Mediterráneo. Pero también hacen la reterritorialización más inesperada, un imperio en África²³. Diríase, pues, que las tres líneas no sólo coexisten, sino que se transforman, pasan cada una a las otras. Y eso es así a pesar de que hemos elegido un ejemplo sencillo en el que las líneas están ilustradas por grupos distintos. Lo sería con mayor motivo cuando se trata del mismo grupo, del mismo individuo.

Teniendo en cuenta lo anterior, sería mejor considerar los estados simultáneos de la Máquina abstracta. Por un lado, hay una máquina *abstracta de sobrecondi-*

cación, que define una segmentaridad dura, una macrosegmentaridad, puesto que produce o más bien reproduce los segmentos, oponiéndolos de dos en dos, haciendo resonar todos los centros, y extendiendo un espacio homogéneo, divisible, estriado en todos los sentidos. Este tipo de máquina abstracta remite al aparato de Estado. Sin embargo, nosotros no confundimos esta máquina abstracta con el propio aparato de Estado. La máquina abstracta se definiría, por ejemplo, *more geométrico*, o bien, en otras condiciones por una "axiomática"; pero el aparato de Estado no es ni la geometría ni la axiomática: sólo es el agenciamiento de reterritorialización que efectúa la máquina de sobrecondición en tales límites y en tales condiciones. Lo único que puede decirse es que el aparato de Estado tiende más o menos a identificarse con esta máquina abstracta que él efectúa. Aquí es donde la noción de Estado totalitario adquiere todo su sentido: un Estado deviene totalitario cuando, en lugar de efectuar dentro de sus propios límites la máquina mundial de sobrecondición, se identifica con ella, al crear las condiciones para una "autarquía", al hacer una reterritorialización por "aislamiento", en el artificio del vacío (que nunca es una operación ideológica, sino económica y política)²⁴.

Por otro lado, en el otro polo, hay una *máquina abstracta de mutación*, que actúa por descondición y desterritorialización. Ella es la que traza las líneas de fuga: dirige los flujos de cuantos, asegura la creación-conexión de los flujos, emite nuevos cuantos. Ella misma está en estado de fuga, y dispone máquinas de guerra en sus líneas. Si constituye otro polo es porque los segmentos duros o molares no cesan de obstruir, de bloquear, de interceptar las líneas de fuga, mientras que ella no cesa de hacerlas circular "entre" los segmentos duros y en otra dirección, submolecular. Pero también, entre los dos polos, hay todo un dominio de negociación, de traducción, de transducción específicamente molecular, en el que unas veces las líneas molares están ya trabajadas por fisuras y hendiduras, otras las líneas de fuga, atraídas hacia agujeros negros, las conexiones de flujos, sustituidas ya por conjunciones limitativas, las emisiones de cuantos, convertidas en puntos-centros. Y todo eso se produce al mismo tiempo. Las líneas de fuga conectan y prolongan sus intensidades, hacen saltar signos-partículas fuera de los agujeros negros; pero al mismo tiempo se pliegan a microagujeros negros en los que se arremolinan, a conjunciones moleculares que las interrumpen; y también entran en segmentos estables, binarizados, concentrados, orientados hacia un agujero negro central, sobrecondicionados.

La pregunta *¿Qué es un centro o un núcleo de poder?* sirve para mostrar el enmarañamiento de todas estas líneas. Se habla de un poder de ejército, de Iglesia, de escuela, de un poder público o privado... Evidentemente, los centros de poder conciernen a los segmentos duros. Cada segmento molar tiene su centro, sus centros. Podría objetarse que esos mismos segmentos suponen un centro de poder, que sería el que los distingue y los reúne, los opone y hace resonar. Pero no hay ninguna contradicción entre las partes segmentarias y el aparato centralizado. Por un lado la segmentaridad más dura no impide la centralización: el punto central común no actúa como un punto en el que se confundirían los otros puntos, sino como un punto de resonancia en el horizonte detrás de todos los otros puntos. El Estado no es un punto que carga con los otros, sino una caja de resonancia para

todos los puntos. E incluso cuando el Estado es totalitario, su función de resonancia para los centros y segmentos distintos no cambian: únicamente se produce en condiciones de "aislamiento" que aumenta su repercusión interna o refuerza la "resonancia" con un "movimiento forzado". Como consecuencia, por otro lado e inversamente, la centralización más estricta no suprime la distinción de los centros de los segmentos y de los círculos. En efecto, la línea sobrecodificadora no se traza sin asegurar el predominio de un segmento como tal sobre el otro (en el caso de la segmentaridad binaria), sin dar a tal centro un poder de resonancia relativa respecto a otros (en el caso de la segmentaridad circular), sin subrayar el segmento dominante por el que ella pasa (en el caso de la segmentaridad lineal). En ese sentido, la centralización siempre es jerárquica, pero la jerarquía siempre es segmentaria.

Cada centro de poder también es molecular, se ejerce sobre un tejido micrológico en el que ya sólo existe como difuso, disperso, desmultiplicado, miniaturizado, constantemente desplazado, actuando por segmentaciones finas, operando en el detalle y en el detalle de detalles. El análisis de las "disciplinas" o micropoderes según Foucault (escuela, ejército, fábrica, hospital, etc.) da cuenta de esos "núcleos de inestabilidad" en los que se enfrentan reagrupamientos y acumulaciones, pero también escapadas y fugas, y en los que se producen inversiones²⁵. Ya no es "el" maestro, sino el jefe de estudios, el mejor alumno, el vago, el conserje, etc. Ya no es el general, sino los oficiales subalternos, los suboficiales, el soldado que hay en mí, y también el tarambana, cada cual con sus tendencias, sus polos, sus conflictos, sus relaciones de fuerza. E incluso el brigada, el conserje, sólo son invocados para que se comprenda mejor; pues tienen un lado molar y un lado molecular, y ponen de manifiesto que el general, el propietario, ya tenían también los dos lados. Diríase que el nombre propio no pierde su poder; sino que encuentra uno nuevo cuando entra en esas zonas de indiscernibilidad. Para hablar como Kafka, ya no es el funcionario Klammm, sino tal vez su secretario Momus, u otros Klammm moleculares, cuyas diferencias, entre sí y con Klammm, son tanto más grandes cuanto que ya no pueden ser asignadas ("esos funcionarios no se atienen siempre a los mismos libros, pero no los cambian, son ellos los que cambian de sitio, y se ven obligados a apretujarse unos contra otros debido a la estrechez del pasadizo...") Ese funcionario se parece a Klammm, y si estuviera en su despacho, en su propia mesa de trabajo, y tuviera su nombre en la puerta, yo no lo dudaría ni un instante...", dice Bernabé, que soñaría con una segmentaridad exclusivamente molar, por dura y terrible que sea, como única muestra de certidumbre y de seguridad, pero que no tiene más remedio que aceptar que los segmentos molares están necesariamente inmersos en ese caldo molecular que les sirve de alimento y que desdibuja sus contornos). No hay centro de poder que no tenga esa microtextura. Ella explica —y no el masoquismo— que un oprimido pueda tener siempre un papel activo en el sistema de opresión: los obreros de los países ricos participan activamente en la explotación del Tercer Mundo, en el armamento de las dictaduras, en la polución de la atmósfera.

Y no debe extrañarnos, puesto que esa textura está entre la línea de sobrecodificación, de segmentos duros, y la línea última, de cuantos. No cesa de oscilar

entre las dos, unas veces pliega la línea de cuantos sobre la línea de segmentos, otras hace huir de la línea de segmentos flujos y cuantos. Ese es precisamente el tercer aspecto de los centros de poder, o su límite. Pues esos centros no tienen más razón de ser que la de traducir, hasta donde pueden, los cuantos de flujos en segmentos de línea (al sólo ser totalizables los segmentos, de una u otra forma). Así es como encuentran el fundamento de su potencia y, a la vez, el fondo de su impotencia. Y, lejos de ser opuestos, la potencia y la impotencia se completan y se refuerzan una a otra en una especie de satisfacción fascinante que encontramos sobre todo en los hombres de Estado más mediocres, y que define su "gloria". Pues su gloria les viene de su imprevisión, su potencia de su impotencia, que confirma que no había otra opción. Los únicos hombres de Estado verdaderamente "grandes" son aquellos que se conectan con flujos, como signos-pilotos, signos-partículas, y emiten cuantos que franquean los agujeros negros: no es casualidad que esos hombres sólo aparezcan en las líneas de fuga, trazándolas, presintiendo-las, siguiéndolas o adelantándose a ellas, incluso si se equivocan y caen (Moisés el Hebreo, Genserico el Vándalo, Gengis el Mongol, Mao el Chino...). Ahora bien, no hay poder que regule esos flujos. Ni siquiera se puede dominar el aumento de una "masa monetaria". Cuando se proyecta hasta los confines del universo una imagen de amo, una idea de Estado o de gobierno secreto, como si se ejerciese una dominación tanto sobre los flujos como sobre los segmentos, y de la misma manera, se cae en una representación ridícula y ficticia. La Bolsa, mucho mejor que el Estado, da una imagen de los flujos y de sus cuantos. Los capitalistas pueden dominar la plusvalía y su distribución, pero no dominan los flujos de los que deriva la plusvalía. Como contrapartida, los centros de poder se manifiestan en los puntos en los que los flujos se convierten en segmentos: son permutadores, convertidores, osciladores. Sin embargo, no quiere decir que los segmentos dependan de un poder de decisión. Al contrario, ya hemos visto cómo los segmentos (por ejemplo, las clases) se formaban en la conjunción de masas y de flujos desterritorializados, determinando el flujo más desterritorializado el segmento dominante: así, el dólar segmento dominante de la moneda, la burguesía segmento dominante del capitalismo..., etc. Los propios segmentos dependen, pues, de una máquina abstracta. Pero lo que depende de los centros de poder son los agenciamientos que efectúan esa máquina abstracta, es decir, que no cesan de adaptar las variaciones de masa y de flujo a los segmentos de la línea dura, en función del segmento dominante y de los segmentos dominados. Puede haber mucha invención perversa en esas adaptaciones.

En ese sentido, se hablará por ejemplo de un poder bancario (banco mundial, bancos centrales, bancos de crédito): si el flujo de moneda-financiación, moneda de crédito, remite a la masa de transacciones económicas, lo que depende de los bancos es la conversión de esta moneda de crédito *creada* en moneda de pago segmentaria, *apropiada*, moneda metálica o de Estado, compradora de bienes a su vez segmentarizados (importancia, a este respecto, de la tasa de interés). Lo que depende de los bancos es la conversión de las dos monedas, la conversión de los segmentos de la segunda en un conjunto homogéneo, la conversión de la segunda en cualquier bien²⁶. Otro tanto se dirá para cualquier centro de poder. Todo cen-

tro de poder tiene esos tres aspectos o esas tres zonas: 1) su zona de potencia, en relación con los segmentos de una línea sólida, dura; 2) su zona de indiscernibilidad, en relación con su difusión en un tejido microfísico; 3) su zona de impotencia, en relación con los flujos y cuantos que sólo puede convertir, sin llegar a controlarlos ni a determinarlos. Ahora bien, cada centro de poder siempre obtiene su potencia del fondo de su impotencia: de ahí su radical maldad, y su vanidad. ¡Antes ser un minúsculo cuanto de flujo que un convertidor, un oscilador, un distribuidor molar! Volviendo al ejemplo monetario, la primera zona está representada por los bancos centrales públicos; la segunda por "la serie indefinida de relaciones privadas entre bancos y prestatarios"; la tercera por el flujo deseante de moneda cuyos cuantos son definidos por la masa de transacciones económicas. Bien es cierto que los mismos problemas se plantean y vuelvan a aparecer al nivel de esas mismas transacciones, con otros centros de poder. Pero, en cualquier caso, la primera zona del centro de poder está definida en el aparato de Estado, como agenciamiento que efectúa la máquina abstracta de sobrecodificación molar; la segunda está definida en el tejido molecular en el que está inmerso ese agenciamiento; la tercera está definida en la máquina abstracta de mutación, flujos y cuantos.

Pero, de esas tres líneas, no podemos decir que una sea mala, o la otra buena, por naturaleza y necesariamente. El estudio de los peligros que existen en cada línea es el objeto de la pragmática o del esquizoanálisis, en tanto que no se propone representar, interpretar ni simbolizar, sino únicamente hacer mapas y trazar líneas, señalando tanto sus combinaciones como sus distinciones. Nietzsche le hacía decir a Zarathustra, Castaneda le hace decir al indio Don Juan: hay tres e incluso cuatro peligros, primero el Miedo, después la Claridad, después el Poder, por último el gran Hastío, el deseo de matar y de morir, Pasión de abolición²⁷. El miedo, no es difícil adivinar en qué consiste. Constantemente tememos perder. La seguridad, la gran organización molar que nos sostiene, las arborescencias a las que nos aferramos, las máquinas binarias que nos proporcionan un estatuto bien definido, las resonancias en las que entramos, el sistema de sobrecodificación que nos domina, todo eso deseamos: "Los valores, las morales, las patrias, las religiones y las convicciones íntimas que nuestra propia vanidad y nuestra propia complacencia nos conceden generosamente, son otras tantas moradas que el mundo prepara para los que así piensan mantenerse, de pie y en reposo, entre las cosas estables; no pueden imaginar hacia qué terrible fracaso se encaminan... *huida ante la huida*"²⁸. Huimos ante la huida, endurecemos nuestros segmentos, nos entregamos a la lógica binaria, seremos tanto más duros en tal segmento cuanto más duros hayan sido con nosotros en tal otro, nos reterritorializamos en cualquier cosa, no conocemos más segmentaridad que la molar, tanto al nivel de los grandes conjuntos a los que pertenecemos como al de los pequeños grupos en los que nos integramos, y hasta en nuestras cosas más íntimas o privadas. Todo está afectado, la manera de percibir, el tipo de acción, la manera de moverse, el modo de vida, el régimen semiótico. El hombre que llega a casa y dice: "¿Está preparada la sopa?", la mujer que responde: "¡Vaya cara que traes!, ¿estás de mal humor?": efecto de

segmentos duros que se enfrentan de dos en dos. Cuanto más dura es la segmentaridad, más nos tranquiliza. Eso es el miedo, y cómo nos pliega sobre la primera línea.

El segundo peligro, la Claridad, parece menos evidente. Pues la claridad, de hecho, concierne a lo molecular. También en este caso todo está afectado, incluso la percepción, incluso la semiótica, pero en la segunda línea. Castaneda muestra por ejemplo la existencia de una percepción molecular que nos descubre la droga (¡pero tantas cosas pueden servir de droga!): se accede a una micropercepción sonora y visual que revela espacios y vacíos, como agujeros en la estructura molar. Eso es precisamente la claridad: esas distinciones que se establecen en lo que nos parecía lleno, esos agujeros en lo compacto; y a la inversa, donde hace un momento veíamos terminaciones de segmentos bien delimitados, ahora hay más bien franjas imprecisas, intrusiones, imbricaciones, migraciones, actos de segmentación que ya no coinciden con la segmentaridad dura. Todo ha devenido flexibilidad aparente, vacíos en lo lleno, nebulosas en las formas, imprecisión en los trazos. Todo ha adquirido la claridad del microscopio. Creemos haberlo comprendido todo, y sacar las consecuencias. Somos una nueva raza de caballeros, hasta tenemos una misión. Una microfísica del migrante ha sustituido a la macrogeometría del sedentario. Pero esta flexibilidad y esta claridad no sólo tienen su peligro, sino que ellas mismas son un peligro. Primero porque la segmentaridad flexible corre el riesgo de reproducir en miniatura las afecciones, las afectaciones de la dura: se sustituye la familia por una comunidad, se sustituye la conyugalidad por un régimen de intercambio y de migración, pero aún es peor, se establecen micro-Edipos, los microfascismos imperan, la madre se cree obligada a masturbar a su hijo, el padre deviene mamá. Oscura claridad que no procede de ninguna estrella, y que desprende tanta tristeza: esta segmentaridad cambiante deriva directamente de la más dura, es su compensación directa. Cuanto más molares devienen los conjuntos, más moleculares devienen los elementos y sus relaciones: el hombre molecular para una humanidad molar. Uno se desterritorializa, se hace masa, pero precisamente para ahogar y anular los movimientos de masa y de desterritorialización, para inventar todas las reterritorializaciones marginales todavía peores que las otras. Pero sobre todo la segmentaridad flexible suscita sus propios peligros que no se contentan con reproducir en pequeño los peligros de la segmentaridad molar, aunque tampoco derivan de ellos o los compensan: como ya hemos visto, la especificidad de los microfascismos consiste en que pueden cristalizar en un macrofascismo, pero también puede perfectamente flotar por su cuenta en la línea flexible y bañar cada célula pequeña. Una multitud de agujeros negros puede perfectamente no centralizarse, y ser como virus que se adaptan a las situaciones más diversas, labrando vacíos en las percepciones y las semióticas moleculares. Interacciones sin resonancia. En lugar del gran miedo paranoico, estamos atrapados en mil pequeñas monomanías, evidencias y claridades que brotan de cada agujero negro, y que ya no forman sistema, sino rumor y murmullo, luces cegadoras que confieren a cualquiera la misión de un juez, de un justiciero, de un policía por su

cuenta, de un *gauleiter* * de inmueble o de vivienda. Se ha vencido el miedo, se ha abandonado el terreno de la seguridad, pero se ha entrado en un sistema no menos concentrado, no menos organizado, el de las pequeñas inseguridades que hace que cada uno encuentre su agujero negro y devenga peligroso en ese agujero, disponiendo de una claridad sobre su caso, su papel y su misión, más inquietante que las evidencias de la primera línea.

El Poder es el tercer peligro, puesto que está en las dos líneas a la vez. Va de los segmentos duros, de su sobrecodificación y resonancia, a las segmentaciones finas, a su difusión e interacciones, y a la inversa. No hay hombre de poder que no salte de una línea a otra, y que no haga alternar un pobre y un gran estilo, el estilo populachero y el estilo Bossuet, la demagogia de café y el imperialismo del alto funcionario. Pero toda esta cadena y esta trama de poder están inmersas en un mundo que les escapa, mundo de flujos mutantes. Y es precisamente su impotencia la que hace que el poder sea tan peligroso. El hombre de poder no cesará de intentar frenar las líneas de fuga, y para ello tomará, fijará la máquina de mutación en la máquina de sobrecodificación. Pero sólo puede hacerlo creando el vacío, es decir, fijando primero la propia máquina de sobrecodificación, manteniéndola en el agenciamiento local encargado de efectuarla, en resumen, dando al agenciamiento las dimensiones de la máquina: así sucede en las condiciones artificiales del totalitarismo o del "aislamiento".

Todavía hay un cuarto peligro, y que sin duda es el que más nos interesa, puesto que concierne a las propias líneas de fuga. Por más que presentemos estas líneas como una especie de mutación, de creación, como trazándose no en la imaginación, sino en el propio tejido de la realidad social, por más que les demos el movimiento de la flecha y la velocidad de un absoluto, — sería muy simple creer que no tienen que temer y afrontar otro riesgo que el de ser alcanzadas a pesar de todo, obstruidas, inmovilizadas, trabadas, reterritorializadas—. Ellas mismas desprenden una extraña desesperación, como un olor de muerte y de inmolación, como un estado de guerra del que se sale destrozado: pues tienen sus propios peligros que no se confunden con los precedentes. Exactamente lo que hace exclamar a Fitzgerald: "Tenía la impresión de estar de pie, al crepúsculo, en un campo de tiro abandonado, un fusil vacío en la mano, y los blancos en el suelo. Ningún problema que resolver. Simplemente el silencio, y como único ruido mi propia respiración (...). Mi propia inmolación era un cohete negruzco y mojado"²⁹. ¿Por qué la línea de fuga es una guerra en la que hay tanto riesgo de salir derrotado, destruido, tras haber destruido todo aquello que uno era capaz de destruir? Ese es precisamente el cuarto peligro: que la línea de fuga franquee la pared, salga de los agujeros negros, pero que, en lugar de conectarse con otras líneas y de aumentar sus valencias en cada caso, *se convierta en destrucción, abolición pura y simple, pasión de abolición*. Como la línea de fuga de Kleist, la extraña guerra que libra, y

* Jefe de distrito en la Alemania hitleriana. (N. del T.).

el suicidio, el doble suicidio como salida que convierte la línea de fuga en una línea de muerte.

Nosotros no invocamos ninguna pulsión de muerte. En el deseo no hay ninguna pulsión interna, sólo hay agenciamientos. El deseo siempre está agenciado, el deseo es lo que el agenciamiento determina que sea. Al nivel de las líneas de fuga, el agenciamiento que las traza es del tipo máquina de guerra. Las mutaciones remiten a esa máquina, *que no tiene verdaderamente la guerra por objeto*, sino la emisión de cuantos de desterritorialización, el paso de flujos mutantes (en ese sentido, toda creación pasa por una máquina de guerra). Hay muchas razones que muestran que la máquina de guerra tiene otro origen, que es otro agenciamiento que el aparato de Estado. De origen nómada, está dirigida contra él. Y uno de los problemas fundamentales del Estado será apropiarse de esta máquina de guerra que le es extraña, convertirla en una pieza de su aparato, bajo la forma de una institución militar estable; el Estado siempre encontrará grandes dificultades a este respecto. Pero precisamente cuando la máquina de guerra ya sólo tiene por objeto la guerra es cuando sustituye la mutación por la destrucción, cuando libera la carga más catastrófica. La mutación no era en modo alguno una transformación de la guerra, al contrario, la guerra es la que viene a ser como el fracaso o las consecuencias de la mutación, el único objeto que le queda a la máquina de guerra cuando ha perdido su capacidad de mutar. Como consecuencia, habría que decir que la guerra sólo es el abominable residuo de la máquina de guerra, bien porque ésta se deja apropiar por el aparato de Estado, bien, lo que es peor, porque se ha construido un aparato de Estado que tan sólo sirve para la destrucción. En ese caso, la máquina de guerra ya no traza líneas de fuga mutantes, sino una pura y fría línea de abolición (sobre esta compleja relación entre la máquina de guerra y la guerra, quisiéramos presentar, más adelante, una hipótesis).

Ahí es donde encontramos la paradoja del fascismo, y su diferencia con el totalitarismo. Pues el totalitarismo es un asunto de Estado: concierne esencialmente a la relación del Estado como agenciamiento localizado con la máquina abstracta de sobrecodificación que él efectúa. Incluso en el caso de una dictadura militar, es un ejército de Estado el que toma el poder y eleva el Estado al estadio totalitario, y no una máquina de guerra. El totalitarismo es fundamentalmente conservador. En el fascismo, por el contrario, estamos claramente ante una máquina de guerra. Y cuando el fascismo se construye un Estado totalitario ya no es en el sentido en el que un ejército de Estado toma el poder, sino, por el contrario, en el sentido en el que una máquina de guerra se apodera del Estado. Una curiosa observación de Virilio nos pone sobre la pista: en el fascismo, el Estado es mucho más *suicida* que totalitario. En el fascismo hay un nihilismo realizado. Pues, a diferencia del Estado totalitario que se esfuerza en obstruir todas las posibles líneas de fuga, el fascismo se construye en una línea de fuga intensa, que él mismo transforma en línea de destrucción y de abolición puras. Es curioso constatar cómo, desde el principio, los nazis anunciaban a Alemania lo que ofrecían: a la vez éxtasis y muerte, incluida la suya propia y la de los alemanes. Sabían que iban a perecer, pero que su aventura no acabaría ahí, sería recomenzada, Europa, el mundo, el sistema planetario. Y la gente gritaba ¡adelante!, no porque comprendieran, sino porque que-

rían esa muerte que llevaba implícita la de los demás. Algo así como una voluntad de ponerlo todo en juego constantemente, de apostar la muerte de los demás contra la suya, y de medir todo con "deleómetros". La novela de Klaus Mann, *Me-fisto*, proporciona ejemplos de discursos o de conversaciones nazis totalmente ordinarios: "El heroísmo patético estaba cada vez más ausente de nuestras vidas (...). En realidad, no marchamos con paso militar, avanzamos titubeando (...). Nuestro amado Führer nos arrastra a las tinieblas y a la nada (...). ¿Cómo nosotros, poetas, que mantenemos especiales relaciones con el abismo y las tinieblas, no íbamos a admirarlo? (...). ¡Destellos de fuego en el horizonte, ríos de sangre en todos los caminos, y una danza de posesos de los supervivientes, de los que todavía están a salvo, alrededor de los cadáveres!"³⁰ El suicidio no aparece como un castigo, sino como el coronamiento de la muerte de los demás. Siempre se puede decir que todo eso sólo son confusos discursos, ideología, nada más que ideología. Pero no es cierto, la insuficiencia de las definiciones económicas y políticas del fascismo no sólo implica que haya que añadirle vagas determinaciones denominadas ideologías. Nosotros preferimos seguir a J.P. Faye cuando se interroga sobre la formación precisa de los enunciados nazis, tan presentes en lo político o en lo económico como en la conversación más absurda. En esos enunciados siempre encontramos el grito "estúpido y repugnante" de *¡Viva la muerte!*, incluso a nivel económico, en el que la expansión del rearme sustituye al aumento del consumo, y en el que la inversión se desplaza de los medios de producción a los medios de pura destrucción. Cuando Paul Virilio define el fascismo no por la noción de Estado totalitario, sino por la de Estado suicida, su análisis nos parece profundamente justo: la denominada guerra total aparece así no como una empresa de Estado, sino como la empresa de una máquina de guerra que se apropia del Estado y hace pasar a través de él un flujo de guerra absoluta que no tendrá otra salida que el suicidio del propio Estado. "Desencadenamiento de un proceso material realmente desconocido sin límites y sin finalidad. (...) Una vez iniciado, su mecanismo no puede conducir a la paz, pues la estrategia indirecta instala efectivamente el poder dominante fuera de las categorías usuales del espacio y del tiempo. (...) En el horror de la cotidianidad y de su medio, Hitler encontrará finalmente su más seguro medio de gobierno, la legitimación de su política y de su estrategia militar, y así hasta el final, puesto que, lejos de acabar con la naturaleza repulsiva de su poder, las ruinas, los horrores, los crímenes, el caos de la guerra total, normalmente, no harán más que aumentar su extensión. El telegrama 71, *si la guerra está perdida, que la nación perezca*, en el que Hitler decide asociar sus esfuerzos a los de sus enemigos para exterminar a su propio pueblo, destruyendo los últimos recursos de su hábitat, reservas civiles de toda naturaleza (agua potable, carburantes, víveres, etc.), es el desenlace lógico..."³¹ Esa inversión de la línea de fuga en línea de destrucción animaba ya todos los núcleos moleculares del fascismo, y los hacía interactuar en una máquina de guerra, más bien que resonar en un aparato de Estado. Una máquina de guerra que ya sólo tenía la guerra por objeto, y que prefería eliminar a sus propios servidores antes que parar la destrucción. Los peligros de las demás líneas no son nada al lado de este peligro.

NOTAS

- JACQUES LIZOT, *Le cercle des feux*, ed. du Seuil, pág. 118.
- LEVI-STRAUSS, *Antropologie structurale*, Plon, cap. VIII: "Les organisations dualistes existentielles?" (trad. cast., ed. Eudeba).
- Cf. dos estudios ejemplares, en *Systèmes politiques africains*, P.U.F.: el de MEYER FORTES sobre los tellensi, y el de EVANS-PRITCHARD sobre los nouer.
- GEORGES BALANDIER analiza las formas en que los etnólogos y los sociólogos definen esta oposición: *Anthropologie politique*, P.U.F., págs. 161-169 (trad. cast., ed. Península).
- Sobre la iniciación de un chamán y el papel del árbol entre los indios yanomami, véase JACQUES LIZOT, págs. 127-135: "Entre sus pies cavan apresuradamente un agujero en el que introducen el pie del mate que plantan justo en ese sitio. Turaewé traza en el suelo líneas imaginarias que irradian en todos los sentidos. Dice: son las raíces".
- El Estado no sólo se define por un tipo de poderes públicos, sino como una caja de resonancia tanto para los poderes privados como para los públicos. En ese sentido, ALTHUSSER puede decir: "La distinción de lo público y lo privado es una distinción interna al derecho burgués, y es válida en las esferas subordinadas en las que el derecho burgués ejerce sus poderes. La esfera del Estado se le escapa, puesto que está más allá del Derecho (...). El Estado es, por el contrario, la condición de toda distinción entre público y privado" ("Idéologie et appareils idéologiques d'Etat", *La Pensée*, junio 1970) (trad. cast., ed. Ariel).
- J.P. VERNANT, *Mythe et pensée chez les Grecs*, Maspero, t. I, III parte (trad. cast., ed. Laia) ("al devenir común, al construirse en el espacio público y abierto del ágora, y ya no en el interior de las moradas privadas (...), en lo sucesivo, el hogar expresa el centro en tanto que denominador común de todas las cosas que constituyen la polis", pág. 210).
- VRILIO, *L'insécurité du territoire*, Stock, pág. 120, págs. 174-175. A propósito de la "castrametación": "La geometría es la base necesaria para una expansión calculada del poder del Estado en el espacio y el tiempo; y a la inversa, el Estado posee en sí mismo una figura suficiente, ideal a condición de que sea idealmente geométrica. (...) Pero Fenelon, oponiéndose a la política de Estado de Luis XIV, exclama: ¡Desconfiad de los encantamientos y de los atributos diabólicos de la geometría!".
- MEYER FORTES analiza en los tellensi la diferencia entre "guardianes de la tierra" y jefes. Esta distinción de poderes es bastante general en las sociedades primitivas; pero lo importante es que esté organizada precisamente para impedir pensar la resonancia de los poderes. Por ejemplo, según el análisis de Berthe a propósito de los baduj de Java, el poder de guardián de la tierra está, por un lado, considerado como pasivo o femenino, y por otro es atribuido al primogénito: no se trata de "una intrusión del parentesco en el orden político", sino, al contrario, "de una exigencia de orden político traducida en términos de parentesco", para impedir el establecimiento de una resonancia de la que derivaría la propiedad privada (cf. Louis Berthe, "Ainés et cadets, l'alliance et la hiérarchie chez les Baduj", *L'Homme*, julio 1965).
- KAFKA, *Le Château* (trad. cast., Alianza Editorial) especialmente el capítulo XIV (las declaraciones de Bernabé). La parábola de los dos despachos —molar y molecular— no sólo tiene una interpretación física, como la de Eddington, sino también una interpretación específicamente burocrática.
- La fuerza del libro de FAYE, *Langages totalitaires*, Hermann (trad. cast., ed. Taurus) está en haber mostrado la multiplicidad de esos núcleos, prácticos y semióticos, a partir de los cuales se constituye el naciismo. Faye es el primero que hace un análisis riguroso del concepto de Estado totalitario (en su origen italiano y alemán), y también el primero en negarse a definir el fascismo italiano y el nazismo alemán por ese concepto (que actúa en un plano distinto que el "proceso subyacente"). Faye se ha explicado sobre todos estos puntos en *La critique du langage et son économie*, ed. Galilée.
- Sobre esta complementaridad "macropolítica de la seguridad-micropolítica del terror", cf. VIRILIO, *ibid.*, págs. 96, 130, 228-235. Con frecuencia se ha señalado la existencia de esta microorganización de un "stress" permanente en las grandes ciudades modernas.
- V. GISCARD D'ESTAING, discurso del 1.º junio de 1976 en el Institut des hautes études de défense nationale (texto íntegro en *Le Monde*, 4 de junio de 1976).
- Sobre los "flujos de poder mudante" y la distinción de las dos monedas, cf. BERNARD SCHMITT, *Monnaie, salaires et profits*, ed. Castella, págs. 236, 275-277.

- ¹⁵ MICHEL LELART, *Le dollar monnaie internationale*, ed. Albatros, pág. 57.
- ¹⁶ Sea el análisis de FOUCAULT, y lo que él llama "microfísica del poder" en *Surveiller et punir* (trad. cast., ed. Siglo XXI); en primer lugar, se trata claramente de mecanismos miniaturizados, de núcleos moleculares que se ejercen en el detalle en lo infinitamente pequeño y que constituyen otras tantas "disciplinas" en la escuela, en el ejército, en la fábrica, en prisión, etc. cf. págs. 140 s.). Pero, en segundo lugar, esos mismos segmentos, y los núcleos que actúan sobre ellos a escala microfísica, se presentan como las singularidades de un diagrama abstracto coextensivo a todo el campo social, o como cuantos extraídos de un flujo cualquiera —flujo que se define por una multiplicidad de individuos a controlar (cf. págs. 207 y s.).
- ¹⁷ Sobre la "pecabilidad cuantitativa", los cuantos y el salto cualitativo, véase toda una microteología constituida por KIERKEGAARD en *Le concept d'angoise* (trad. cast., ed. Espasa-Calpe, col. Austral).
- ¹⁸ Según TARDE, la psicología es cuantitativa, pero en la medida en que estudia las componentes de deseo y de creencia en la sensación. Y la lógica es cuantitativa cuando no se atiene a las formas de representación y llega hasta los grados de creencia y de deseo, y a sus combinaciones: cf. *La logique sociale*, Alcan, 1983.
- ¹⁹ Sobre todos estos puntos, cf. especialmente DOBB, *Etudes sur le développement du capitalisme*, Maspero (trad. cast., ed. Siglo XXI); DUBY, *Guerriers et paysans*, Gallimard (trad. cast., ed. Siglo XXI).
- ²⁰ ROSA LUXEMBURG (*Œuvres I*, Maspero), ha planteado el problema de las relaciones entre masas y clases, y sus diferencias, pero todavía desde un punto de vista subjetivo: las masas como "base instintiva de la conciencia de clase" (cf. el artículo de BOULTE y MOIROUX en "Rosa Luxemburg vivante", *Partisans*, 1969). BADIOU y BALMÉS proponen una hipótesis más objetiva: las masas serían "invariantes" que se oponen a la forma-Estado en general y a la explotación, mientras que las clases serían las variables históricas que determinan el Estado concreto, y, en el caso del proletariado, la posibilidad de una disolución efectiva (*De l'idéologie*, Maspero). Ahora bien, no está nada claro por qué, por un lado, las propias masas no son variables históricas; y por otro, por qué son exclusivas de los explotados "masa campesina-plebea", cuando en realidad la palabra puede aplicarse también a masas señoriales, burguesas e incluso monetarias.
- ²¹ MICHELET, *Histoire de France, la Renaissance*.
- ²² PIRENNE, *Mahomet et Charlemagne*, P.U.F., pág. 7 (trad. cast., Alianza Editorial).
- ²³ Cf. E.F. GAUTIER, *Genséric, roi des Vandales*, Payot ("precisamente porque eran los más débiles, eternamente eran empujados por detrás, se vieron obligados a ir más lejos").
- ²⁴ El totalitarismo no se define por la importancia del sector público, puesto que la economía, en muchos casos, sigue siendo liberal, sino por el artificial "aislamiento" monetario e incluso industrial. Esa es la razón principal de que el fascismo italiano y el nazismo alemán puedan considerarse como Estados totalitarios, como demuestra DANIEL GUÉRIN (*Fascisme et grand capital*, Maspero, cap. IX) (trad. cast., ed. Fundamentos).
- ²⁵ M. FOUCAULT, *Surveiller et punir*, Gallimard, pág. 32: "Esas relaciones penetran profundamente en el espesor de la sociedad, no se localizan en las relaciones del Estado con los ciudadanos o en la frontera entre las clases, tampoco se contentan con reproducir la forma general de la ley o del gobierno. (...) Definen numerosos puntos de enfrentamientos, núcleos de inestabilidad cada uno de los cuales lleva implícito riesgos de conflicto, de luchas, y de inversión, al menos transitoria, de las relaciones de fuerza".
- ²⁶ Sobre estos aspectos del poder bancario, cf. Suzanne de Brunhoff, *L'offre de monnaie*, Maspero, especialmente págs. 102-131.
- ²⁷ CASTANEDA, *L'herbe du diable et la petite fumée*, págs. 106-111 (trad. cast., ed. F.C.E.).
- ²⁸ BLANCHOT, *L'amitié*, Gallimard, pág. 232.
- ²⁹ FITZGERALD, *La félure*, Gallimard, págs. 350-354 (trad. cast., ed. Bruguera).
- ³⁰ KLAUS MANN, *Mephisto*, Denoël, págs. 265-266, (trad. cast. ed. Ultramar). Ese género de declaraciones abundan, incluso en el apogeo del nazismo. Cf. las célebres frases de Goebbels: "En el mundo de fatalidad absoluta en el que se mueve Hitler, nada tiene ya sentido, ni el bien ni el mal, ni el tiempo ni el espacio, y lo que los otros hombres llaman éxito no puede servir de criterio. (...) Probablemente Hitler conducirá a la catástrofe..." (*Hitler parle à ses généraux*, Albin Michel). Este catastrofismo puede conciliarse con mucha satisfacción, buena conciencia y tranquilidad confortable, como también sucede, en otro contexto, entre ciertos suicidas. Existe toda una burocracia del fascismo italiano, véase especialmente el análisis de M.A. MACCIOCCHI, "Sexualité féminine dans l'idéologie fasciste", *Tel Quel* n.º 66: el escuadrón femenino de la muerte, la puesta en escena de viudedad y de madres en duelo, las consignas "Féretro y Cuna".

- ³¹ PAUL VIRILIO, *L'insécurité du territoire*, cp. I. Y, aunque identifique nazismo con totalitarismo, HANNAH ARENDT ha extraído este principio de la dominación nazi: "su idea de la dominación no podía ser realizada ni por un Estado ni por un simple aparato de violencia, sino únicamente por un movimiento constantemente en movimiento"; e incluso la guerra, y el riesgo de perderla, intervienen como aceleradores (*Le système totalitaire*, ed. du Seuil, págs. 49, 124 s., 140 s., 207 s.) (trad. cast., ed. Taurus).